

LA IGLESIA CATÓLICA EN INGLATERRA.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA IGLESIA DE LA PROFESA, DE MÉJICO,
LA MAÑANA DEL DOMINGO 4 DE SEPTIEMBRE
DE 1904.



Et misit Rex libros... . ut sequerentur leges gentium terrae. Et prohiberent holocausta, et sacrificia, et placationes fieri in templo Dei. Et iussit... . ut quicumque non fecissent secundum verbum regis morerentur.

Libró el Rey órdenes escritas para que se conformasen á las leyes del reino, y se prohibiesen los holocaustos, sacrificios y propiciaciones en el Templo de Dios, y mandó que cuantos rehusasen obedecer las órdenes del Rey, fuesen condenados á muerte.

I, MAC. I, 46, 47, 52.

NO vengo, señores, á predicar un sermón de caridad. Ni vuestros instintos generosos han menester de estímulo, ni mis palabras serían las más á propósito para mover vuestros corazones. Desde la época de la conquista se distinguieron los fieles de Méjico por su inagotable largueza. A ella debió nuestra Iglesia su pingüe patrimonio. A ella debió su subsistencia en los días aciagos del despojo y de la persecución. Merced á ella ha podido rehacerse en parte de los pasados desastres, y continuar, en medio de tantos obstáculos, la marcha progresiva que le impuso su divino Fundador.

Vuestras limosnas, lejos de limitarse á las necesidades domésticas, se envían con preferencia á regiones extrañas, donde no corren los peligros que aquí, ni se ponen tantas cortapisas á las obras de beneficencia. La luenga barba de un sacerdote oriental, el acento extranjero de un Obispo del Norte, son para vosotros la mejor carta de recomendación. Lejos, por tanto, de ayudar mi débil voz al misionero británico que hoy implora vuestros auxilios, quizá le estorbaría, ó entorpecería vuestros corazones; tanto más, cuanto que personalmente lo conocéis desde hace veinte años. Pero no estará de más el deciros que la fecha de mis relaciones con su familia es todavía anterior. Cuando el difunto tercer Arzobispo de Westminster, su hermano, no era más que joven presbítero, empezó su amistad conmigo apenas iniciado en las órdenes; amistad que cultivé visitándolo posteriormente en su residencia prelatia, y que se estrechó en Roma cuando fué á abogar por la causa de los Obispos de Inglaterra, en el litigio que ante la Santa Sede sostenían contra los regulares de aquella isla.

En cuanto al Padre Vaughan, básteme deciros que lo he encontrado en diversos países del Continente Americano; que con él me he hallado varias veces en Roma; que juntos hemos surcado las aguas del Mediterráneo y del Mar Jonio; que á su lado he saludado las islas del Archipiélago Griego, y orado en el Santo Sepulcro y en la gruta de Jeremías. Su celo religioso, su fe inquebrantable, su piadoso entusiasmo, nunca se

han desmentido; ni los entibia la edad, ni los hace decaer el cansancio. Su empeño irresistible me ha hecho subir á esta cátedra, en que á algunos parecerá que estoy fuera de mi lugar y en que sólo me sostiene el deseo de complacerlo, aunque con la conciencia de no poder hacer en favor suyo, más de lo que él mismo es capaz de realizar con el fuego divino que lo inspira y anima.

No debiendo, pues, ni solicitar á su nombre vuestro auxilio, ni hablaros de una empresa que él mismo y otros doctos predicadores os han estado explicando hace varias semanas, me limitaré á declararos quién es quien hoy se presenta á vosotros como mendigo, y cuál es el objeto con que os tiende la mano.

Me refiero, no á la persona, como quizá pudierais interpretar, sino á la católica Inglaterra, en cuyo nombre os habla. Aludo á la reconstrucción material y moral de aquella Iglesia fundada por San Gregorio Magno y su enviado San Agustín de Cantuaria.

Quiera la Virgen, que constituyó su dote en la que en un tiempo se llamó la Isla de Santos, inspirarme en la pintura que voy á trazaros de sus desgracias y de sus necesidades. Invocadla conmigo desde este valle adonde trasladó su habitación al ser arrojada de aquella isla por la herejía.

AVE MARÍA.

La Inglaterra que voy á delinearos no es la que estáis acostumbrados á ver retratada en los poetas, en las hojas periódicas, en las narraciones de los viajeros. En aquéllos sólo encontraréis invectivas, si españoles como Góngora en el siglo XVI á la *Reina, reina no más loba*; si italianos á la nación entera, como cuando Monti al expirar el XVIII, exclamaba: *Niéguete luz el Sol, yerba la tierra*; si franceses á cuanto se refiere á la que en todos tiempos apellidan la *pérfida Albión*. En los periódicos, según sus colores y simpatías, veréis ponderada su riqueza, su hidalguía, su hospitalidad, su tolerancia religiosa, su libertad de conciencia; ó bien exagerada la inmoralidad de sus grandes ciudades, su injusticia con las naciones extranjeras, la excentricidad de sus costumbres. Los viajeros ordinarios sólo os hablarán de sus centros de placer ó de comercio, de la niebla que la cubre, de la impenetrabilidad de su sociedad y sus hogares.

Si esta fuera la Inglaterra católica, tendríais razón de responder al sacerdote que hoy os tiende la mano: Regresad á vuestros helados penates. «¿Qué necesidad tiene de las limosnas del pobre pueblo mejicano, el

Reino que acaba de conquistar las minas de diamantes del África, que es dueño de la Australia y de una gran parte del Asia; que aún tiene posesiones en América y, sobre todo, es señor de los mares? ¿Por qué pretende acabar de despojar á una Iglesia empobrecida, un país donde, merced á la amplísima libertad de conciencia y al liberalismo de sus leyes, puede ser rica la comunidad católica, ni más ni menos que la anglicana, donde son fieles súbditos del Pontífice Romano los personajes más nobles y más opulentos, como el que se denomina el *primer Duque*, adonde afluyen, como á su centro natural, las riquezas del Orbe entero?»

Pero no es esta la Inglaterra que hoy llama á vuestras puertas. No es ni siquiera la que os ha pintado en estos días el predicador británico, alma de estas festividades religiosas. Y notad que es bella de veras la isla conquistada á la fe por el grande Agustín. Hermosa es la historia de aquellos cuarenta monjes, arribando á sus blancos arrecifes, saltando á tierra con sobrehumano denuedo, y penetrando desde luego sin ceremonias en los palacios de sus reyes. Suele echársele en cara el ser la única nación que, en tiempo de Enrique VIII, haya cambiado de la noche á la mañana de religión, acostándose católica y amaneciendo protestante, tan sólo por complacer al voluble monarca. Los que tal hacen debieran igualmente elogiarla, porque también en un abrir y cerrar de ojos abandonó las supersticiones paganas para convertirse al cristianismo que en el siglo VI le predicó San Agustín.

Grandioso, aunque con ribetes de cómico, es el espectáculo que nos ofrece el Rey de Kent, Ethelberto, recibiendo á los monjes romanos á la sombra de una encina, para estar á cubierto de su arte mágica, declarando que no abandonará á los dioses de sus padres, y á renglón seguido postrándose á sus pies, recibiendo el Bautismo, y haciendo que se conviertan en masa, aunque no por la fuerza, sus numerosos súbditos. Largo fué su reinado, de más de cincuenta años, si computamos el tiempo material; sin medida, si tomamos en cuenta lo mucho que hizo por la religión Cristiana y los rápidos progresos de los predicadores evangélicos. La fundación de las sedes de Cantuaria y de Rochester, la construcción de templos y abadías y monasterios fueron obra comparativamente de un momento; y la simiente de tantos santos y santas como florecieron en la época de los Anglo-sajones, y después en la de los Normandos, germinó en un instante y produjo desde luego ciento por uno. Santos hubo no sólo en los claustros y al pie de los altares, no sólo en las aulas episcopales y en los conventos, sino en los palacios y en el trono. Básteme mostraros la figura colosal del gran Rey San Eduardo, apellidado el Confesor, que abrió los cimientos de la grande Abadía y de la Iglesia Westmonasteriense, que más tarde debía servirle de gigantesco mausoleo y de monumento sin rival.

Después de tantos siglos y de tantas vicisitudes, allí surge la grandiosa Iglesia, espejándose sus góticas fle-

chas en las aguas del Támesis. Cayeron derribados otros muchos templos, se profanaron las reliquias de otros muchos mártires y confesores, se arrasaron monasterios sin cuento; pero allí está intacto el Westmonasterio, sirviendo de panteón á los Reyes y grandes de Inglaterra, á los héroes, á los poetas, á los guerreros, y de santuario á su fundador San Eduardo, ante cuyos sagrados despojos se han postrado siempre los fieles, aun con las épocas de sangrienta persecución.

¡Eduardo el Confesor y la Abadía de Westminster! Bastarían estos dos nombres para pintaros con un solo rasgo la grandeza de la *Isla de Santos*. Pero añadiré otros tres que completarán el cuadro sublime: los de las Universidades de Oxonia y Cantabrigia, fundadas por la Iglesia Católica, por ella amamantadas, por ella robustecidas, por ella animadas á tal grado que no han decaído al pasar á otras manos; y el del sapientísimo é inmaculado monje, que ya en vida apellidaban todos el Venerable Beda, y cuyos escritos saboreamos después de 13 siglos.

Los saboreamos, sí, porque en el Breviario Romano, que sirve de libro de rezo al clero católico del Orbe, frecuentes son las lecciones tomadas de sus homilias sobre los Evangelistas y los Profetas. Los saboreamos, porque en su historia de Inglaterra tienen que beber, quieran ó no quieran, como en única fuente, los autores modernos, ya pertenezcan á la verdadera Iglesia, ya sean heterodoxos ó incrédulos. Lo que sí saborean muy pocos, aun entre los eruditos, son los opúsculos que

tratan del arte métrico y de la gramática, de la ortografía y de la tabla pitagórica. Y sin embargo, son tan claros y respiran tal frescura, que no vacilarían en ponerlos en manos de los modernos pedagogos y declararlos libros de texto en las escuelas más avanzadas.

¿A qué aglomerar esbozos en derredor de estas colosales figuras? ¿A qué añadir nombres y más nombres de santos, aunque éstos se llamen Dunstano, y Edmundo, y Oswaldo, y Ethelbaldo, Elfego, y Wilfrido, y aun Tomás á Becket, mi venerado patrono, mártir de las inmunidades eclesiásticas, protector y modelo de cuantos Prelados hemos tenido que luchar por las libertades de la Iglesia?

Pero no es ésta la Inglaterra que hoy llama á vuestras puertas. Esta desapareció, y vive tan sólo en la historia. La que hoy os presento, es todavía más grande, más bella, más adorable con su velo de viuda y su sayal de penitente. El relato de sus padecimientos os hará estremecer de pavor y os conmoverá hasta las lágrimas. Escuchadlo.

II

Gráfica es, en verdad, la descripción que el libro primero de los Macabeos nos hace de los desastres de Jerusalén, bajo el funesto reinado de Antioco. Entró este Rey inicuo (nos dice) en lo más sagrado del templo y tomó el altar de oro y el candelabro con sus lámparas y mecheros, y tomó todos sus vasos y la mesa de la proposición, y las tazas, y las copas, y los incensarios de oro, y el velo, y las coronas, y el ornamento de oro que estaba en la fachada del templo, y todo lo hizo pedazos. Y tomó la plata, y el oro, y los vasos preciosos, y todos los tesoros que halló escondidos, é hizo grande estrago de hombres.

Terrorífico como es este cuadro, no es sino una ligera sombra de lo que pasó en Inglaterra en el tiempo de Enrique VIII. Los israelitas sólo un templo tenían; los ingleses los contaban por centenares, lo mismo que sus monasterios, y todos fueron despojados, profanados, derribados, destruidos, incendiados, bañados en la sangre de heroicos mártires. No os son desconocidos los nombres del inquebrantable Canciller Tomás Moro, ni del indomable Obispo de Rochester, de quien amarga-